

IV

LA LITERATURA Y LA VIDA
INTELLECTUAL CHILENA
DESPUES DE LA INDEPENDENCIA

Influencia de los Enciclopedistas.—Camilo Henríquez.—Sus ensayos poéticos.—Fundación de "La Aurora".—La reconquista española.—"La Gaceta del Rey".—Su redactor: Fray José María de la Torre.—El periodismo en los primeros años de la República.—Curiosas polémicas en que se discuten tópicos religiosos y el volterianismo.—"El Mercurio de Chile".—Aparición de las ideas liberales.

La revolución de la Independencia despertó los sentimientos intelectuales de los criollos y determinó un positivo progreso en las ideas y en la cultura nacional. Naturalmente se ha exagerado la importancia intelectual del movimiento independiente y vemos que, en los primeros años de la época de libertad, no fué

muy grande la diferencia que se notó con respecto a la cultura media del período colonial.

El amor a la lectura, la inquietud de saber y las preocupaciones de índole literaria pasaron, empero, a preocupar vivamente la atención de los compatriotas, una vez que se hubo proclamado la independencia.

Casi toda la literatura de esta época aparece empapada de los más acendrados sentimientos patrióticos: los cantos a la libertad, el odio al régimen español, la necesidad de romper los prejuicios y las preocupaciones coloniales, etc., fueron los motivos predilectos que dominaban en los escritos de aquel tiempo.

Pronto los patriotas comprendieron que era necesario la fundación de un periódico que propagara los ideales de progreso y democracia que sustentaban y los cuales aun eran resistidos por mucha gente de respetable situación social, que contaba con poderosos medios de oposición a las nuevas ideas.

Antes que otro, empuñó la pluma en defensa de las ideas nuevas, el fraile de la Buena Muerte, Camilo Henríquez, personaje curioso e inquieto, que abrazó con intenso amor la causa de la independencia y quien tuvo la di-

rección de *La Aurora*, el primer diario nacional, que salió a luz el 13 de Febrero de 1812 (1).

En un principio, esta publicación comenzó su campaña con discreción y tino; insinuando los ideales separatistas de la Madre Patria, los cuales todavía, para algunos elementos, parecían absurdos y descabellados; y sembrando las semillas que más tarde germinaron opimamente para bien de nuestra definitiva independencia.

Camilo Henríquez escribía frecuentemente acerca de diversos tópicos que preocuparan la atención pública; y muchos de los cuales tomó de periódicos y publicaciones extranjeras, que él glosaba después.

Se cuenta que habiendo llegado a Chile algunas partidas de diarios ingleses y no conociendo este idioma, Camilo Henríquez lo aprendió con singular presteza, estando en el corto espacio de un mes en aptitud para traducirlo.

En tanto, ganaba adeptos la idea de la separación de España y él la insinuaba así: «¿Has-

(1) Camilo Henríquez nació en Valdivia el año 1769 y murió en Santiago en 1825.

ta cuándo pensáis? Resolved, bastante se ha pensado. Pasad el Rubicón, y seréis dueños de un mundo. La fortuna os sonríe y desdeñáis sus gracias. Sois provincias pudiendo ser potencias y contraer alianzas con la dignidad y majestad que corresponde a una nación». Este artículo fué reproducido, con muy favorables comentarios, en la prensa hispano-británica.

Camilo Henríquez en cuanto a ideas, estilo y lecturas fué pobrísimo. Uno de los autores que leyó más fué a Juan Jacobo Rousseau, a pesar de no haberlo seguido en todos sus postulados. Su inspiración poética fué escasísima y las composiciones de tal índole que de él han quedado no tienen valor literario ni la menor originalidad.

Su nombre ocupa, pues, en el parnaso chileno sólo el sitio de un precursor malísimo: su estro era inespontáneo y ocasional, no entrañando ninguna cualidad que lo acreditara ni siquiera como mediano.

Se dedicó casi por entero a cantar la libertad con acento menguado e insoportable monotonía y pesadez. Menéndez y Pelayo lo tilda de «detestable poeta». Su mejor composición—por no decir la única en que campea

alguna inspiración—es la traducción que hizo del himno nacional de los Estados Unidos *Hail great Republic of the World*, y en el cual hay estrofas pasables, como las que copiamos:

¡Salve, gloria del mundo, República naciente,
 Vuela a ser el imperio más grande de Occidente!
 ¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!

Que tus hijos entonen, de vides a la sombra,
 Y entre risueñas fuentes sobre florida alfombra:
 ¡Oh patria de los libres, suelo de libertad!

Y en semejante estilo prosigue: con una corrección monótona que no logra conmover ni despertar el menor sentimiento de admiración al estro decrepito del entusiasta fraile de la Buena Muerte.

Camilo Henríquez tuvo en la redacción de *La Aurora* y otros periódicos redactados entre 1812 y 1815, algunos colaboradores, entre quienes se destacaron don Juan Egaña y Don Antonio José de Irisarri, cuya influencia literaria y política logró resultados positivos en el adelanto cultural de nuestro país.

Este último y célebre literato, oriundo de Guatemala, fué un personaje culto y muy versado en las agudezas y ductilidades de la polí-

tica y la diplomacia. Viajó mucho y cultivó amistad con numerosos hombres públicos de América y Europa. Era doctísimo y pulsaba la lira con notable gusto y acierto. No nos corresponde ocuparnos a fondo en su persona en estas páginas, pues, al igual que Don Juan Egaña, quien nació en el Perú, no era chileno y, por lo tanto, su biografía y crítica no tienen su sitio adecuado aquí.

Sin embargo, como su influencia se hizo sentir poderosamente en Chile, es justo recordarlo con simpatía como uno de los precursores de la poesía patria. Él animó y formó a varios ingenios nacionales en el cultivo de las Musas; él colaboró asiduamente en la prensa y no estuvo ajeno a cuanto adelanto intelectual hubo en su tiempo.

En aquella época comenzaron a introducirse en Chile grandes cargamentos de libros, principalmente consistentes en obras de los enciclopedistas franceses. Dominaban en ellos los libros de Voltaire, Volney, Rousseau, Marmon- tel, Diderot, D'Alembert, Raynal y Robertson.

Estos libros al propio tiempo que abrían un hondo surco revolucionario, fueron contribuyendo sensiblemente a pervertir las ideas reli-

giasas en la mente de los criollos, propagando deleznales sofismas contra los dogmas de la Iglesia Católica.

Entre las lecturas que dominaban entonces merecen citarse dos obras que circularon grandemente: el *Catecismo Político Cristiano*, atribuído a Martínez de Rozas, aserto hasta hoy no comprobado, y el *Diálogo de los Porteros*, que algunos creen salido de la pluma del Padre agustino Fray José de Erazo y otros de la de Don Manuel de Salas.

Ambas piezas político-literarias carecen de condiciones de estilo, aunque en el *Diálogo de los Porteros* hay cierta ironía maliciosa, matizada de unos cuantos dichos vivos e ingeniosos que revelan talento.

No insistimos en el estudio de estas obras por hallar que no corresponde hacerlo en un trabajo de la índole del nuestro (1).

(1) Datos sobre Martínez de Rozas y el libro que se le atribuyó hay en el *Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena* de Don Domingo Amunátegui Solar, Capítulo Primero.—Sobre el *Diálogo de los Porteros* se pueden consultar el Tomo Segundo de la *Historia de los Agustinos en Chile*, por el Padre Víctor Maturana; la *Carta del Rdo. Padre Víctor Maturana*, por el presbítero don Juan Salas Errázuriz y la respuesta del Padre Maturana insertada en el volumen que publicó en 1909 con el título de *Polémica y Poesía*.

Así mismo no analizamos aquí el *Diario Militar* de Don Juan José Carrera y las obras de Don Manuel de Salas, estimando que no pertenecen a la literatura. Otros historiadores las han incluido, pero han merecido la censura de la crítica. Al efecto, Don Pedro Nolasco Cruz reprochaba a Don Domingo Amunátegui que se ocupara en su estudio en el *Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena*, y decía con ese motivo: «Amunátegui habla de Don Manuel de Salas, que fué un gran filántropo, y, como tal, tuvo que escribir notas, informes, en fin, piezas administrativas; pero no fué escritor ni nada tuvo de literato. Lo cita sin embargo, y forma acerca de Salas un barullo notable» (1). Y agrega sobre el *Diario de Carrera* en el mismo artículo crítico sobre el libro de Amunátegui Solar: «Abruma, por ejemplo, que tratándose del *Diario Militar* de Don José Miguel Carrera, cuyo mérito literario dista bastante del mérito informativo, se nos venga a decir, como una novedad que «fué escrito día a día y en presencia de los acontecimientos y que se den pruebas de ellos».

* * *

(1) *El Diario Ilustrado* del 3 de Enero de 1921.

Analizando el carácter común a toda la producción intelectual de la época independiente, es necesario arribar a una conclusión bien triste: ella vale bien poco al ser mirada desde el punto de vista artístico. Entonces se atravesaba un período de transición entre la colonia, que fué relativamente pobre en letras, y una época nueva, abierta a todas las orientaciones del pensamiento humano y de la literatura universal; que no estaría sometida a las restricciones en punto de lecturas que impusieron bajo su dominio los Reyes de España; y que esperaba un nuevo impulso para avanzar por un camino abierto de producción intelectual y de progreso literario.

Las aficiones literarias dominantes eran las lecturas de los pseudo-filósofos franceses del siglo XVIII y el afán de imitación echaba por tierra la originalidad en punto de estilo y de pensamiento.

El género político, la crítica al régimen hasta entonces imperante, los ensayos con tendencias histórico-filosóficas y otras manifestaciones de índole intelectual que dominaban, no eran géneros en los cuales pudieran vaciarse, ni con mucho, tesoros de galanura y ponerse

maravillas de buen gusto y originalidad de pensamiento.

Dominaba un estilo áspero, balbuciente, a veces, generalmente incorrecto e hinchado; se cargaban los escritos y discursos de epítetos pomposos y grandilocuentes; en suma, imperaba el tono de cuartel, de proclama o de «choclón».

El propio Camilo Henríquez, que pasaba por uno de los hombres cultos de su época, escribía con pésimo gusto; su estilo tribunicio y presuntuoso parecía más acomodado a la índole de un auditorio electoral que a un público educado en las reglas del buen sentido estético.

Hace contraste, sin embargo, con la literatura revolucionaria, la prosa que empleó un periódico aparecido para defender los intereses del Rey de España, durante los días amargos de la reconquista española.

Nos referimos a la *Gaceta del Rey*, que dirigió el Padre dominico Fray José María de La Torre, nacido en Santiago el año 1777 y fallecido en la misma ciudad en 1840. Cuando Osorio, que fué un hombre culto y con ínfulas de letrado, abolió, durante la reconquista, diver-

sas instituciones creadas por los patriotas, comprendió con un gesto lleno de claridad de visión que, para los propósitos sustentados por España, era necesario conservar la imprenta y aprovechar bien sus servicios en pro de la causa del Rey.

Los patriotas, antes de abandonar a Santiago, después del desastre de Rancagua, destruyeron la imprenta existente en la capital.

Con los restos tipográficos salvados de esta ruina, Osorio hizo publicar la *Gaceta del Rey*, que encomendó a la dirección sagaz e inteligente del Padre La Torre. Con licencia del Obispo Rodríguez Zorrilla, este religioso se hizo cargo de la publicación del citado periódico.

Cuando salió la *Gaceta del Rey*, su director hacía las siguientes observaciones sobre los deberes del periodista: «Su espíritu aún debe ser más agitado; pues él ha de discurrir acerca de toda clase de materias; ha de desengañar sin exasperar; ha de lidiar con todo un público, a quien es casi imposible contentar; ha de combatir con energía las opiniones sediciosas; ha de procurar unir y pacificar los ánimos disidentes; ha de pelear con la pluma por su rey, y con ella conquistarle multitud de corazones; ha de

conciliar la verdad con los intereses de la política; ha de tener mucha lectura e instrucción en varias lenguas, tanto para traducir gacetas, como para otros desempeños; ha de ser honrado, sigiloso, y de prudente cautela; ha de tener imaginación viva, estilo culto, pluma expedita, y en suma, debe ser tal que merezca la confianza del gobierno».

El primer número de la citada publicación, cuyo redactor revela, a juzgar por las ideas citadas, una mentalidad amplia para su época y un espíritu cultivado, salió a luz el Jueves 17 de Noviembre de 1814, es decir, pocos días después de la entrada de los realistas a la capital con motivo de su triunfo en la batalla de Rancagua.

Comprendiendo el Padre La Torre que, para las ideas realistas, la mujer era un elemento útil y poderoso, les dirigió las siguientes frases, amables y cordiales y destinadas a penetrar en su psicología: «Chilenas, añadid la docilidad y la dulzura a los demás atractivos que os hacen tan apreciables. No se diga que la seducción os halló fáciles y el desengaño tenaces. No tenga más poder y más influencia en vuestro tierno corazón, la inconsideración,

la rapacidad, la desenvoltura, que el honor, el juicio y la prudencia. Devoto llama la Iglesia a vuestro sexo; no lo desmintáis dando a entender que aprobáis las rapiñas, los sacrilegios, la descarada irreligión, si defendéis apasionadamente a sus autores. No ensuciéis vuestros bellos corales, invectivando con fiereza contra los amadores de la paz y de vuestros verdaderos intereses. Cesen del todo y para siempre las tertulias mordaces, las sediciosas canciones que pueden seros muy nocivas».

Así el Padre de La Torre ganaba voluntades para la causa realista. Su acción habilidosa y tesonera, su conocimiento del carácter chileno, y su maravilloso espíritu de adaptación, hicieron de este escritor uno de los elementos de más valer de aquel tiempo.

El postrer número de la *Gaceta del Rey* salió a luz el 21 de Enero de 1817. El triunfo definitivo de los patriotas, después de la jornada de Chacabuco y de Maipo, acabó con esta publicación que defendía la reacción colonial y en cuyas columnas se ostentó una prosa muy superior a la que exhibieron los escritores patriotas.

Justo es reconocer ahora, cuando la distancia que nos aparta de esa época hace ver con imparcialidad a los hombres y las cosas de entonces, que el Padre de La Torre superó en ingenio literario, estilo y conocimientos a la mayor parte de sus contemporáneos, aún a Camilo Henríquez, padre del periodismo nacional.

Cimentada definitivamente la Independencia, volvieron a aparecer los periódicos patriotas y a defenderse en ellos los ideales de libertad. Un suceso interesante dió impulso a la cultura: la comisión encomendada a Don Manuel de Salas, por medio de un decreto fechado el 5 de Agosto de 1818, y firmado por O'Higgins e Irisarri, para que fundara una biblioteca pública, contando con la base de la librería de la Universidad de San Felipe. La caída de O'Higgins y otros sucesos políticos impidieron que esta gran obra prosperase y solamente en el gobierno de Freire pudo cimentarse definitivamente la Biblioteca Nacional.

En tanto, los periódicos aumentaban y el público se preocupaba vivamente con las polémicas de prensa. No siempre una larga vida

acompañaba a estas publicaciones. *El Cosmopolita*, que redactó Don Santiago Blayer, en 1822, solamente alcanzó a tener 16 números.

El terremoto de 1822 dió origen a una curiosa cuanto doctrinaria polémica periodística. Con motivo de esa gran catástrofe, que arruinó a Valparaíso y Casablanca, al propio tiempo que causó estragos en la capital, el clero predicó intensamente, aconsejando la penitencia a los pecadores y pidiendo la morigeración de las costumbres. Éstas se presentaban estragadas, según se decía en los púlpitos.

Por todo esto, hubo grandes procesiones de aspados y penitentes, que pedían misericordia de sus pecados, con gritos lastimeros e invocando el supremo perdón. Con semejante motivo, el argentino Don Bernardo de Vera y Pintado publicó en los números 16 y 17 del *Mercurio de Chile*, cuyos ocho primeros números salieron sin fecha, unos extensos artículos o remitidos en que sostenía que los temblores de tierra no eran motivados por el castigo divino, sino que se dejaban sentir en diversas partes del globo terráqueo. Por tal causa se trabó una gran polémica en la cual terció Camilo Henríquez con escaso tino, viéndose

envuelto por Fray Tadeo Silva, que sostuvo que en las Sagradas Escrituras está consignado que las calamidades naturales son, a veces, el medio de que se vale la Justicia divina para castigar a los pecadores.

Camilo Henríquez citó en su apoyo a Voltaire, cuyo elogio apasionado hizo en *El Mercurio de Chile*. No pararon aquí las cosas, pues Fray Tadeo Silva publicó un opúsculo titulado: *Los apóstoles del Diablo*, en el cual atacó rudamente a los pseudo-filósofos franceses del siglo XVIII y a Camilo Henríquez, a quien echó en cara que hubiese dejado el traje talar con el pretexto de ser capellán de ejército (1).

Ante una embestida tan violenta, el fraile de la Buena Muerte tuvo que ceder terreno al mordaz religioso, y aún más, llegó a declarar, a manera de palinodia, que él admiraba en Voltaire las ideas libertarias y sus propósitos de tolerancia y nó su impiedad.

El volterianismo ya tenía en Chile ardentísimos secuaces, que devoraban los libros del

(1) Datos sobre este asunto hay en la obra del Illmo. señor Silva Cotapos titulada *Don José Santiago Rodríguez Zorrilla* y en el folleto de Don Domingo Amunátegui titulado *El Mercurio de Chile*.

Patriarca de Ferney, y un corifeo entusiasta en Don José Miguel Infante, miembro del Senado Conservador y tribuno inflamado, quien fué el alma del movimiento de los vecinos de Santiago que derribó al Director Supremo O'Higgins, en 1823.

Este personaje sustentaba algunas ideas antirreligiosas y debe ser estimado, en puridad, como uno de los padres y precursores más decididos de las doctrinas liberales en Chile. Encima de su escritorio tenía un par de bustos que representaban las imágenes de Voltaire y de Rousseau, en cuyas obras se adoctrinaba, recibiendo con ello grandísimo solaz.

Las incidencias religiosas que hubo en tiempo de Freire lograron aumentar este movimiento, que entonces tuvo su culminación y llegó al poder, por medio del militarismo, donde fracasó ruidosamente. Zapiola observa con mordacidad en sus *Recuerdos de Treita Años* que los pipiolos o liberales eran unos pillos y descamisados, quienes asilábanse bajo esa bandera por no tener dónde cobijarse y para medrar con ella.

Sobre la naturaleza y tendencias del liberalismo de aquel tiempo, observa un escritor in-

glés, que debió de tener afinidades de carácter y temperamento con esta doctrina, que tendían al anarquismo y que «para eludir el dictado de supersticiosos, no pocos de ellos se hicieron librepensadores...» (1).

Como algunos atacaban todo sentimiento religioso, en vez de llamárseles *liberales*, eran designados con el apodo de *libertinos*.

Longeville Vowell, el escritor citado, dice que durante el predominio militarista de los pipiols, los principios de autoridad rodaron al suelo, en medio de una orgía pseudo-democrática y del desborde licencioso de la demagogia de sable. Todo el mundo se acostumbró a las revoluciones, como suele ocurrir actualmente en algunos países tropicales, y la gente tomó poco en serio los periódicos motines y cuarte-lazos operetescos del pipiolismo, viéndose aún el caso curioso de que los autores de las re-vueltas, si éstas fracasaban, huían al campo, y presto regresaban nuevamente a la capital, donde habían ejercido su acción revolucionaria no ha mucho, y todo el mundo entonces

(1) *Memorias de un Oficial de Marina inglés en Chile* traducidas por José Toribio Medina y publicadas en 1923.

se olvidaba de sus fechorías, y ellos se paseaban orondos y contoneándose por sus calles. Tal hazaña realizó, en varias ocasiones, el célebre Infante.

Con todo, hubo entre los viejos pipiolo gente honorable y seria que abrazó tales ideas, creyendo sinceramente en ellas. Algunos ni siquiera fueron abiertamente antireligiosos y quizá ni tuvieron una noción clara de su liberalismo. Otros medraron a la sombra de semejantes ideas; sobre todo con motivo de la confiscación de los bienes eclesiásticos hecha por el gobierno del general Freire; pero ése no fué ni pudo ser el motivo que dió origen al nacimiento del liberalismo en Chile. Por otra parte, en aquel tiempo las ideas políticas y religiosas presentan, a veces, extraños anacronismos y singulares paradojas.

Un ejemplo clásico de esto lo ofrece el político de ideas conservadoras, Don Juan Egaña, quien siendo muy católico, sustentaba ideas regalistas y patronatistas, creyendo que el derecho real de patronato había sido heredado por los patriotas... Añadía a esto un afán acucioso para reglamentar, hasta en sus más mínimos detalles, la moralidad pública y aún la vida

de los religiosos. Es curioso el modo de ser de Egaña: por una parte se declaraba un hijo fiel y sumiso de la Iglesia Católica y por otra, se prestaba para oprimirla y vejarla en sus fueros y dignidad, por medio de reglamentos y constituciones absurdas.

Tan extraño caso es típico de una época en que se comenzaba a cimentar nuestra nacionalidad independiente, y sirve para comprender la singular mentalidad de sus dirigentes.

Tal es, a grandes rasgos, el pobrísimo aspecto que ofrecen las letras en los primeros años después de la Independencia: la poesía estaba silente; solamente pulsaban el plectro, arrancándole notas patrióticas, Camilo Henríquez, cuya nulidad como vate hemos visto ya; Vera y Pintado, que era de nacionalidad argentina, y el guatemalteco Irisarri, varón de extraordinario saber y cultura. Es menester que aparezcan doña Mercedes Marín del Solar y Salvador Sanfuentes, para que haya poesía verdadera en Chile.

En tanto, se afirmaba gloriosamente nuestra nacionalidad, para que, en próximos y mejores días, pudiéramos exhibir una literatura rica, variada y amplia en todos sus géneros.

VI

ALGO SOBRE EL ROMANTICISMO

Romanticismo... He ahí una palabra llena de prestigio para algunos y de profunda aversión para otros.

Sin embargo, todos somos, en alguna época de la vida, románticos, y el prestigio de este nombre ha ilusionado a casi todos los principiantes de la literatura. Su poder, evocador y mágico, ha encendido el numen de casi todos los poetas. Encierra, para muchos, un tesoro de recuerdos: amores primaverales, estrenos literarios, iniciaciones poéticas, ¡quién sabe de cuantas cosas más!

El romanticismo, como escuela literaria, es lo contrario de clásico. Nació como un grito de

protesta rebelde contra aquellos que pensaban en la imposible restauración de un pasado muerto. En Francia se alzó teniendo a su cabeza a Rousseau, y fué la enseña de las almas vibrantes y de los espíritus jóvenes, que estaban cansados de la imitación de la antigüedad. Por eso Rousseau defendía la vida natural, primitiva y selvática, contraponiéndola a todo lo urbano. En otras partes, como en Alemania, cuyos vates soñadores y nebulosos buscan la inspiración en las leyendas y tradiciones, tuvo una vena irrestañable de poesía en la época medioeval.

Los románticos tomaron de la naturaleza todo aquello que los seudo clásicos del siglo XVIII no supieron ver ni quisieron aprovechar. Esta es la causa por la cual el naturalismo tiene a su padre legítimo en el romanticismo; y así vemos que Rousseau fué el precursor de Huysmans y Zola.

Los seudo clásicos falsearon la naturaleza y vivieron ocupados en restaurar el *modus operandi* y la vieja terminología de los escritores helénicos y latinos.

Cejador observa sobre este punto lo siguiente:

«Los clásicos del siglo XVIII no veían, sentían ni pensaban apenas por sí propios, porque su intento era imitar lo que habían hecho los greco-latinos: su objeto eran los libros, lo ya escrito; mientras que los románticos dejaron los libros e imitaciones de los antiguos y tomaron por objeto de su contemplación e imitación la misma naturaleza. Con ello no hacían más, en esta parte, que volver al verdadero clasicismo, dejando el clasicismo falso del siglo XVIII. La nomenclatura mitológica, aprendida en Virgilio y Horacio, había servido a los seudo clásicos para nombrar los sucesos y cosas de la naturaleza; los románticos la miraron cara a cara, nombrando cosas y acontecimientos con las voces del propio idioma. El mar ya fué lo que antes llamaban Neptuno, el amor lo que Venus, la guerra lo que Marte. En vez de sentir la naturaleza y de expresar esos sentimientos como comenzaron a hacer los románticos, habíanse contentado los seudo clásicos con repetir e imitar la expresión que de la naturaleza habían tomado los antiguos poetas».

En Europa tuvo, entonces, el romanticismo un común carácter nacionalista, lo cual acaeció, también, cuando trascendió a América. El propio nombre lo indica: el romanticismo o lo romanesco o romancesco, como en un principio se le llamó, trae su origen de lo de Romanía, o sea de lo de las naciones que salieron del Imperio Romano.

Cuando nació, esta escuela literaria rompió en furores anticlásicos y en licencias de gustos dudosos que, con el tiempo, fueron moderándose y encausándose. Su origen, además, fué democrático y tendió a popularizar el arte entre las multitudes.

No desdeñó, tampoco, los términos vulgares. Esto, al principio, ocasionó grandes abusos y degradó muchas composiciones, dando cabida en ellas a un vocabulario impuro y descasado.

El romanticismo manifestó, también, una acentuada influencia en la transformación de los conceptos estéticos, de las categorías de la belleza. Para los clásicos y, principalmente, para los griegos era la belleza idealísima, y su expresión, por ende, aquello que se acercaba al idealismo más puro y elevado.

En sus estatuas y lienzos solamente aparecían los modelos perfectos, que poseían líneas impecables y gráciles. Lo feo, lo canijo era rechazado. A este respecto dice un crítico moderno: «El arte helénico fué intelectualista, ideal».

Los que siguieron sus cánones desdeñaron las cosas reales, escogiendo de la naturaleza solamente lo bello y lo que se acercaba a su ideal de perfección; o bien, simplemente, revisitando las cosas reales de idealismo, mejorando su índole, exornándolas con filigranas y orfebrerías de arte puro y matizándolas con notas de extraordinaria armonía. Se le olvidó lo vivo, lo latente y natural. La naturaleza no es perfecta ni tampoco los seres que la pueblan. Los naturalistas, más tarde, caerían en el otro extremo: olvidarían lo ideal y lo bello, para revolcarse en el fango de las realidades más groseras. El romanticismo restauró, en parte, la armonía rota por el seudo clasicismo y que habían conser vado eurítmicamente los clásicos, y, principalmente, los clásicos españoles del siglo XVII.

Se devolvió, entonces, al arte su antigua naturaleza democrática, entendiéndose esta pa-

labra en un sentido relativo, más bien como una medida de amplitud. Al propio tiempo se le sacó del terreno de la abstracción en que lo había sumido el falso clasicismo. El romanticismo determinó una honda transformación estética al echar por tierra el concepto que hacía estribar el arte en una expresión intelectualista que muy pocos entendían. Su nueva expresión, no por ser menos estrecha y popular, dejó de entrañar belleza y, al tener una forma amplia y más general, dió cabida bajo su cobijador manto de púrpura a mucho de lo que antes se deshechó por feo y escoriáceo.

Tales son las razones que explican los desbordes en la descripción de la naturaleza y el tinte peculiarísimo de toda la producción literaria romántica.

Esta escuela, aunque volvió la vista a la antigüedad cristiana (v. gr.: Chateaubriand) y tuvo en ella una constante y dilatada inspiración, no por eso dejó, en múltiples ocasiones, de ir del bracero con los peores enemigos del catolicismo.

Al dar amparo, en su seno, a todas las formas de la vida y a todos los aspectos de la naturaleza, no podía rehuír las ideologías

avanzadas ni circunscribirse, tampoco, a un campo ideológico determinado.

Así, en Chile, fueron románticos, Salvador Sanfuentes, aunque no se abanderizó oficialmente en esta escuela; Francisco Bilbao y Eusebio Lillo; todos tres de temperamentos diversos: católico, cuál el que más, el primero; anticristiano furioso, el segundo; y liberal *sui generis*, el tercero. Con razón el crítico Higginson decía: *Every form of human life is romantic*. (Toda forma de la vida humana es romántica).

No obstante, en algunos países el romanticismo revistió ciertas formas y aspectos particulares.

En la América española puede afirmarse que el romanticismo señaló el comienzo de la verdadera vida literaria.

En Méjico fué conocido antes que en España, donde impidió su entrada y propagación el absolutismo despótico de Fernando VII. Al pasar a América llevó consigo un carácter trágico e impregnado de un vaho de melancolía y desengaño de la vida.

La duda, que iba a arrancar acentos de honda intensidad al plectro de Núñez de Arce, fué

uno de sus motivos predilectos, coincidiendo esta nota con el progreso de las ideas liberales e irreligiosas. En Colombia, por ejemplo, inspiró al gran liróforo Don Rafael Núñez que, con el tiempo, se hizo católico y fué un enérgico gobernante conservador. Este gran vate pertenece al gran ciclo romántico de su patria, en que se destacaron, a su lado, Rafael Pombo, el célebre fabulista, que, a la par de Núñez, tuvo sus ratos de inquietud religiosa, como puede verse en su magistral «Hora de tinieblas», y el popularísimo Jorge Isaacs, cuya obra se halla impregnada de melancolía romántica.

A Chile penetró en 1842, en parte merced al impulso de los emigrados argentinos, cuyas licencias satirizó con dicacidad y agudeza el gran Jotabeche, y, en parte, debido a don Andrés Bello y a Lastarria, que tradujeron piezas teatrales en verso y prosa de dicha escuela y dieron a conocer, entre nosotros, sus creaciones literarias.

Tuvo aquí, también, su carácter melancólico y soñador.

Fué llorón y sentimental con Guillermo Blest Gana; ingenuo, dulce y candoroso, a la par que amador de la tierra, con Eusebio Lillo; apasio-

nado, bullicioso y vehemente con Guillermo Matta; tuvo a menudo, matices dantonianos, doctrinarios y anticatólicos, ya sea en los «Cuentos en verso» que tanto revuelo levantaron al ser publicados, ya sea en la *musa grandilocuente y declamatoria* de Pedro Nolasco Préndez, ya sea en el lirismo a gran orquesta de Pedro Antonio González, cuyo poema «El monje» es el más popular y sobaqueado código de la cursilería sonora y relamida de ese aeda. Sin embargo, en Chile el romanticismo no llegó al extremo de licencia que en otros países del continente, a pesar de los esfuerzos de los emigrados argentinos, cuyo mal gusto recibió severas lecciones de José Joaquín Vallejo. Aquí hubo poetas tan serenos, elegantes y eclécticos como Don José Antonio Soffia, llamado por un crítico autorizado «fácil y dulcísimo poeta». El propio Guillermo Blest Gana, discípulo de Espronceda, a quien cantó en su mocedad, no llegó jamás a los lamentables extremos de pesimismo y morbosidad que éste.

«El romanticismo, que no llegó en Chile a los deplorables extremos que en otros países, —observa don Francisco Concha Castillo en su discurso de incorporación a la Academia

Chilena—fué desvirtuándose, poco a poco, hasta tomar un sesgo no reñido con el espíritu clásico, sin renunciar por eso a la ordenada libertad, que es el ambiente fecundo de toda actividad humana».

En América la literatura de la época posterior a la independencia carece, por lo general, de gusto y originalidad.

Estaba destinada a cantar la libertad y la patria; a infamar el nombre de España; a anatematizar el servilismo y exaltar la independencia; en resumen, a poner por las nubes las ventajas del nuevo estado político del continente. Era una literatura de transición. En Chile su ejemplar más caracterizado fué Camilo Henríquez, cuya musa anémica es inferior a la de cualquier poeta de la colonia. El romanticismo dió, entonces, un gran impulso artístico al inyectarle vida al cuerpo de la poesía autóctona. Abusó de esta renovación, pero desencharcó a las musas.

Hubo partes en que se dió demasiado la nota triste, dolorida y gritona. En Cuba, Gertrudiz Gómez de Avellaneda exclamaba en aquel tiempo:

Un mal terrible sin remedio,
 que hace odiosa la vida, odioso el mundo,
 que seca el corazón... En fin ¡es tedio!

Vemos que el *taedium vitae* lograba que numerosos escritores estallaran en manifestaciones exageradas de dolor, pasión, aburrimiento, desengaño y hasta voluptuosidad.

Ya se echaba de ver la influencia de Zorrilla, y se leía a Víctor Hugo, Lamartine, Byron, Musset, Châteaubriand y al dolorido Leopardi, pontífice máximo del dolor, que cantó la infinita vanidad de todas las cosas, la *gentilezza del morire* y la *infelicitá de la vita*.

Este amargo escepticismo no siempre era sincero. A veces obedecía al afán de *posar* como decimos ahora, y lo mismo que lo hacen todavía los poetas cursis al estilo del grandilocuente Pedro Sienna.

Pero entonces existía en la vida un sedimento amargado, que se reflejaba en los seres y las cosas. El mundo envejece por épocas, para sumergirse, en otras, en el más jocundo paganismo. Quizá, a veces, la propia *joie de vivre* lo desgaste y haga que su tristeza se transparente en la literatura.

Quizá existió, también, la sugestión romántica, como ahora existe la sugestión modernista.

En Chile, según dicen, Don Domingo Amunátegui Solar y otros graves historiadores, cuando Carlos Bello estrenó su drama en verso «Los amores del poeta», la gente vió retratado en el protagonista a su autor, cuya vida recibió más de un desgarrón en los zarzales del amor... Y Don José Toribio Medina nos contaba, no ha mucho, que Salvador Sanfuentes imitaba hasta en su vestuario a Espronceda. Matta y Bilbao, por su parte, agotaban sus excentricidades. Sobre una tumba, la de Don José Miguel Infante, se iniciaron, literariamente, entre nosotros, Eusebio Lillo y Francisco Bilbao, por igual manera que Zorrill^a leyó sus primeras estrofas sobre la tumba de Larra.

Bullía el espíritu revolucionario en muchas partes y el deseo de una renovación social, política y aún religiosa era una lámpara encendida de deseo en muchos corazones, lo cual explotaron, para beneficiarse los elementos liberales, los aventureros del ideal y los ilusos libertarios, que entonces, como ahora, había.

El romanticismo, logró, también, otro resultado, que redundó en un positivo adelanto literario: el desarrollo de la lírica subjetiva. Ya lo dijo Hegel cuando, definiendo al romanticismo, lo calificó así: «El espíritu que encuentra en sí mismo lo que antes buscaba en el mundo sensible».

Además, logró despertar—como ya lo observamos— un amor hondo a la naturaleza y un deseo férvido de estudiarla, describirla y trasladarla hasta las composiciones literarias.

Observa un escritor que, desde el tiempo de Balbuena y el Padre Ovalle, los escritores americanos no se inspiraban en la naturaleza viva. A veces la pintaban artificialmente, como puede verse en el poema *Arauco Domado*, de Pedro de Oña; pero no la sentían nunca. Chateaubriand y Humboldt, al describir las maravillas, rara vez sobrepujadas, de la naturaleza americana, despertaron el amor a lo descriptivo en las letras del continente. Después de este impulso, cuatro grandes producciones de este género iban a comprobar lo útil y fructífero de tal lección. Fueron: la *Silva a la Zona Tórrida*, de Don Andrés Bello; el *Canto al Niágara*, de José María de Heredia;

La cautiva, de Echeverría y el *Facundo* de Sarmiento.

En Chile, también por 1842, con el despertar romántico, al propio tiempo que se desarrolló el subjetivismo lírico, se pasó a sentir la influencia del descripcionismo de la naturaleza, que más tarde tendría su culminación en el naturalismo-descriptivo de Mariano Latorre y otros escritores.

Jotabeche, el enemigo de los emigrados argentinos, cuyo romanticismo ridiculizaba ásperamente, fué, empero, un romántico, a pesar suyo. Su técnica, en mucho, era romántica, aunque sus gustos clásicos le impidieron incurrir en desbordes literarios. Su amor a la tierra, sus palpitaciones ante la naturaleza, aparte de su afición a Larra y otros románticos españoles, hacen que lo consideremos de esta escuela. "Adoro a Larra—decía en una carta del 10 de Marzo de 1843—y rara vez me duermo sin leer alguna de sus preciosas producciones".

Salvador Sanfuentes y Eusebio Lillo también vibraron con el espectáculo majestuoso y soberbio de la tierra virgen chilena. Basta decir que Sanfuentes fué quien introdujo en nuestra poesía el género descriptivo y que Eusebio Li-

llo cantaba al Río Imperial, con rara originalidad para su tiempo:

Río en cuya corriente las estrellas
hunden enamoradas sus reflejos.

Ya entonces comenzaba Chile a tener poesía propia y podía aplicarse a ésta entre nosotros, la definición de ella, que inmortalizó Filón Hebreo: "La poesía es la razón divina".